

# El inconsciente lacaniano y la psicogénesis

Guillermo Mattioli

## Resumen

*Una de las diferencias centrales entre la teoría del inconsciente lacaniano y las de otros autores es el deliberadamente nulo lugar que otorga a la psicogénesis. En este artículo intento demostrar que, incluso aceptando las críticas de Lacan a los excesos del principio de continuidad psicogenética, su teoría también contiene una hipótesis sobre la génesis psíquica de lo psíquico. Ésta es la teoría del saber como medio del goce, articulada con la rectificación a su primera teoría del inconsciente como cadena significativa para considerarlo compuesto de dos conjuntos abiertos, el de los trazos unarios y el de los saberes asubjetivos.*

En este trabajo intento ampliar una idea ya expuesta en un artículo anterior<sup>1</sup>. Pretendo hacer algún comentario sobre la teoría lacaniana del inconsciente y utilizo para ello el concepto de psicogénesis porque marca una diferencia explícita entre esta teoría y las otras. En aquel texto describía las dificultades del sistema lacaniano para prescindir de manera axiomática de la psicogénesis y cómo finalmente se encallaba sin lograrlo. Continuaré ahora por este camino pretendiendo demostrar que a pesar de sus intenciones también la teoría lacaniana del inconsciente posee su hipótesis sobre la génesis psíquica de lo psíquico.

Los textos de **Lacan** evidencian en su conjunto un fuerte rechazo contra la idea misma de la psicogénesis. Esto es consistente con su confesada aversión a la historia. Respecto de la historia **Lacan** peca de aquel odio que Nietzsche achacaba a los filósofos, que “creen hacer un honor de la cosa cuando la deshistorizan *sub specie aeterni*. Lo que es no deviene, lo que deviene no es” (**Nietzsche**, 1975).

Por otra parte, es difícil concebir cualquier hecho de la clínica, cualquier transformación, sin imaginar alguna producción, alguna génesis de lo psíquico,

alguna psicogénesis. ¿Estamos frente a una cuestión esencial para las teorías psicoanalíticas del inconsciente o frente a un grandioso aunque trivial malentendido?

Irónicamente, la historia del psicoanálisis puede echarnos aquí una mano. Podríamos decir por ejemplo que el concepto de continuidad psicogenética en los años 60 estaba excesivamente lastrado del biologismo kleiniano, que a su vez continuaba la tradición tal vez demasiado evolucionista abrahámica, y que el significante descubierto por **Lacan** exigía un horizonte sincrónico que la mecánica de las etapas de la evolución psicosexual no le proporcionaba. Y seguramente es así, pero tampoco tanto. En primer lugar, porque una lectura atenta del artículo de **Isaacs** (**Isaacs**, 1967), verdadero manifiesto del principio de continuidad genética, arroja semejanzas teóricas con **Lacan** tan importantes como la importancia equivalente otorgada por ambos a la dimensión de lo visual (lo imaginario) a la hora de traducir, organizar y tranquilizar el cuerpo despedazado de lo sensorial. En segundo lugar porque tras otra lectura no sólo atenta sino desprejuiciada, los instintos de la teoría kleiniana no son tan crudamente biológicos como dice **Lacan**, sino interpretaciones subjetivas primarias de los estímulos sensoriales<sup>2</sup>. En tercer término, porque aunque **Klein** pudiera carecer del concepto de significante, a pesar de **Lacan** los procesos del pensamiento son originalmente diferentes e independientes de la representación lingüística y finalmente no olvidemos que el mismo **Lacan** rectificó su primera teoría del inconsciente como cadena significativa hacia otra teoría en la que éste quedaba configurado como dos conjuntos abiertos, el de los S1 y el de los S2 (**Lacan**, 1973).

Sin embargo, las semejanzas no ocultan las diferencias. La psicogénesis kleiniana concita justificadamente todas las críticas del estructuralismo lacaniano tendentes a rescatar la sincronía perdida en el kleinismo. En el fondo es una controversia entre un tipo de causalidad de atrás hacia adelante (sensaciones, imágenes visuales, pensamientos y, finalmente, palabras con la fantasía inconsciente otorgándole textura a esta secuencia), y un tipo de causalidad de

adelante hacia atrás (todo lo anterior pero resignificado circular y retrospectivamente desde el signifi- cante, momentos significantes sincrónicos que estructuran la diacronía). Dos teorías de la causalidad psíquica que darían origen a dos teorías de la transferencia, la que acentúa su polo intrapsíquico y la que subraya su polo intersubjetivo. A los coleccionistas de ejemplos que demuestren el apego táctil de los extremos les gustará saber que ya **Hartmann** (**Hartmann**, 1955) había denunciado los abusos de la “falacia genética”, consistente en reducirlo todo al pasado autoreproductor.

La exigencia de psicogénesis es intuitivamente muy obvia: remite a la reproducción de lo psíquico, a la inevitable participación de lo psíquico para sus propias transformaciones y para su autoorganización. En el fondo remite a la necesidad de la existencia de un nivel de lo psíquico relativamente autónomo de lo biológico y de lo cultural, exigencia ésta que es tan consustancial al psicoanálisis como a la moderna psicología cognitiva.

Claro que si se identifica la psicogénesis con la evolución psicosexual y sus clásicas etapas, listas para desplegarse una después de la otra, proceso a repetirse en una transferencia de la que se espera que será una autoemanación del inconsciente del paciente que para nada tenga en cuenta el deseo y el operar del analista, preferiremos sin dudarle la crítica lacaniana. Pero aun considerando que dicha sucesión de etapas es dependiente del deseo del otro, que la oralidad y la analidad del bebé son subsidiarias de las demandas de su madre, y que la transferencia es algo que le ocurre al paciente con su analista porque éste hace lo necesario para que le ocurra, aun así, considerar todo esto no autoriza a negar la existencia de la producción psíquica de representaciones en el proceso de la cura. El hecho más elemental es la traducción mental de sensaciones e imágenes en palabras, pero también la aparición de nuevas palabras para ponerle nombre a antiguos afectos. Estos hechos de la cura pueden subsumirse bajo el título de una palabrita muy sencilla pero de prensa muy ambivalente en la historia del psicoanálisis: el cambio.

¿Cambio es equivalente a psicogénesis? Mi argumento es que sí, y no solamente por razones provenientes de la experiencia clínica, materia siempre opinable, sino también por razones teóricas.

Desde luego que es necesario renunciar al confuso concepto de pasado en favor de la historia, o sustituir el tiempo cronológico por el tiempo lógico, pero entonces el concepto de psicogénesis, ya no como pura emanación repetidora, sino también como recombinación sincrónica, puede y debe mantenerse.

El cambio retorna desde el interior de la teoría, la que a pesar de sus esfuerzos no alcanza, a prescindir de la psicogénesis. Esto exige hablar de como concebir el cambio psíquico. **Freud** lo planteaba de manera muy clara: hay series complementarias, es decir determinismo. Todo lo que ocurre en el aparato psíquico tiene muchas y diversas causas, y para que ocurra el cambio terapéutico también hay que superar en sentido inverso varias cadenas de obstáculos: el beneficio secundario del síntoma, las identificaciones que lo anclan, las fantasías que escenifican los deseos, a los que hay que forzar a que entren en conflicto en la misma instancia psíquica y dejen de evitarlo navegando en paralelo, restringir transferencialmente el beneficio primario de la solución sintomática al conflicto evitado, recordando que el sentido de todo acto psíquico es su finalidad, etc.

En **Lacan**, sus premisas sincronicistas hacen innecesaria una secuencia como la freudiana (que de todos modos no es tan obligatoriamente lineal como parece), pero de todas maneras las proporciones entre simbólico, imaginario y real, como asimismo entre los diversos goces, deben ser alteradas en el tratamiento y esto exige transformaciones en la economía psíquica.

En la teoría lacaniana la diacronía “está orientada por la estructura” (**Lacan**, 1997), la que dentro de su primera teoría del inconsciente está configurada por ese conjunto de significantes, esos “números de lote-ría” (**Lacan**, 1966), estructura invariable desde el nacimiento a la muerte, que hacen al psicoanálisis “creacionista antes que evolucionista”.

Avancemos sobre la tónica del cambio, temática freudiana de la primera hora. Una posición consistente con una psicología de las profundidades nos obligaría a no considerar como pertinente ningún cambio que no ocurriera en dichas honduras, un cambio estructural como lo habían postulado desde siempre los portavoces de la IPA.

Cambio y estructura son conceptos interdependientes. Todos los analistas seguramente coincidirían con **Wallerstein** (**Wallerstein**, 1991) en que “el concepto de estructura psíquica y de cambio estructural están entre los conceptos más centrales y a la vez más problemáticos dentro de la teoría psicoanalítica; asimismo, son cruciales para la elaboración de cualquier teoría de la terapia psicoanalítica”. Pero tras este consenso inicial también coincidiríamos con este autor cuando dice “cada uno de estos marcos explicativos, la psicología del yo, la de las relaciones de objeto, kleinianos, bionianos, la psicología del self, lacanianos, etcétera, cada uno de ellos pretende explicar de forma comprensible la totalidad de los fenómenos clínicos que afrontamos en nuestras

consultas, y la mayoría de nosotros sentimos que la elección de nuestra perspectiva teórica es heurísticamente más útil y efectiva, e intelectualmente más satisfactoria y elegante que las otras (...). Mi convicción, al menos en este estadio de nuestra evolución como ciencia y como disciplina, es que no tenemos garantía empírica o lógica para asignar mayor validez a un sistema teórico sobre los otros, salvo nuestras creencias, predilecciones y sesgos, los que han evolucionado a través de nuestra satisfactoria y personalmente persuasiva práctica y entrenamiento clínico” (Wallerstein, 1990).

¿De qué clases de cambios estamos hablando? y, sobre todo, ¿dónde ocurre el cambio? Éstas son preguntas metateóricas a las que cada teoría clínica debería responder y a las que de hecho responden si se las lee bajo este punto de vista. Un punto de partida excelente para estas cuestiones es el constituido por el libro de **Sandler** y **Dreher** (1996) en el que recopila y compara con brillantez e ingenio todas las respuestas que el mundo psicoanalítico no lacaniano ha producido ante estas preguntas. Pero ninguna de todas esas corrientes excluiría la psicogénesis de sus axiomas, por lo que volvamos a nuestro tema: ¿qué le ocurre a la teoría lacaniana del inconsciente, con la psicogénesis y con el cambio?

Antes de continuar, y por si acaso todo esto no fuera sino una trivialidad, intentaré despejar algunas objeciones posibles.

Se podría objetar que esto es un error, que el lacanismo no se opone a la psicogénesis, sino en todo caso al predeterminismo evolucionista psicosexual. Por ejemplo, que cuando se dice corrientemente en lenguaje lacaniano “el significante que da cuenta de...” se está reconociendo la capacidad generadora del significante, que deriva de su supremacía sobre el significado, etcétera.

A esto debo responder que respetando rigurosamente la teoría de **Lacan**, la capacidad generadora del significante no es génesis psíquica de lo psíquico, sino que más bien pretende ser génesis de lo psíquico en general. Y esto sin entrar a cuestionar la tanto más mencionada que demostrada supremacía del significante sobre el significado, a la que en otro lugar ya me he referido extensamente (**Mattioli**, 1992) y que parece ser más bien una querrela de **Lacan** no contra **Pierce** sino contra **Russell**, así como una subsunción de la connotación a la producción del significado, olvidando que en buena clave freudiana el significado de todo hecho psíquico es su finalidad, es decir el deseo. Es un problema similar al del complejo de Edipo, que es tanto un complejo psicológico como un esquema protopsicológico, ontogénico como lo llamó **Freud**. De todas maneras,

sea el significante o sea otro el responsable, el tema del origen de lo psíquico merece un estudio detallado, y la posibilidad de que la teoría lacaniana también tenga su teoría de la psicogénesis es justamente la tesis de este artículo, por lo que con todo gusto retomaremos este punto.

También podríamos preguntarnos si al plantear las cosas de este modo no estamos retrayendo el psicoanálisis a las aguas de la psicología, empresa que ya intentaron otros pero que fue ácidamente criticada por **Lacan**.

A esto contestaré que no hay ningún peligro en retornar a la psicología puesto que nunca nos hemos apartado de ella. El punto estriba en qué debemos entender por psicología. Cuando ésta se identificaba con la conciencia o con la conducta desde luego que el psicoanálisis no podía coincidir con estas premisas, pero la psicología jamás se ha reducido a límites tan reducidos. El psicólogo **Theodor Lipps**, a quien **Freud** cita, ya había augurado que el “inconsciente es el principal problema que la psicología del siglo XX deberá abordar”, y **Dilthey** en 1883 ya había dicho que entre las ciencias de la naturaleza y del espíritu quedaba una ciencia que era bifronte, que tenía una cara volcada hacia la naturaleza, otra hacia el espíritu y que como ya se pueden imaginar era la psicología. Ni los psicoanalistas ni los psicólogos necesitamos tomarnos tan en serio los improperios de la psicología académica. La universidad es y necesita ser conservadora y por otra parte los avances en psicología cognitiva no tienen ningún reparo con la idea de procesos mentales necesariamente inconscientes. Psicoanalíticamente hablando, y superados algunos excesos reificantes, “inconsciente” es antes un adjetivo que un sustantivo y también el psicoanálisis describe procesos de trabajo mental cognitivo inconsciente, a los que ubica en esa dimensión llamada preconsciente reprimido, a la que **Freud** había asignado la misión de unir teóricamente su primera y segunda tópicos. La diferencia es que al inconsciente que aprende a aprender lo mira por su ángulo clínico, es decir moral, y en este punto constituye un puente entre la psicología y la antropología.

Volvamos a nuestro tema, enriquecido ahora por las objeciones. La razón lacaniana para oponerse a la psicogénesis es la postulación de un enjambre inicial de significantes, condición de todo desarrollo posible, con límites prefijados e inmune al aprendizaje<sup>3</sup>. Como si dijéramos genética psíquica, representada ahora por el trazo unario (¿cuántos?)

Esta oposición, consistente en esa teoría del inconsciente como enjambre finito y estructurado de significantes, deja abierta la cuestión de las posibili-

dades de variación de dicho conjunto inicial de elementos. Se sabe que los sistemas complejos son extremadamente sensibles a las condiciones iniciales, a tal punto que responden a éstas dotándose con rapidez de un núcleo de invariancias obstinadamente resistente al cambio. Ordenarse rápidamente es necesario para subsistir, pero tanta rapidez deja fijado un principio de inercia a emitir respuestas masivas.

El tema del orden en la naturaleza es una cuestión compleja y las respuestas más recientes privilegian la autoorganización, elevada por **Prygogine** a nueva propiedad de la materia (**Velasco**, inédito). La mente es, sin lugar a dudas, un sistema complejo y las condiciones iniciales para su andadura, (llámense pulsiones, relaciones objetales tempranas, narcisismo, alienación o identificación primarias, tendencias a la fusión y/o a la separación, demandas y deseos del otro, etcétera) conforman un caldo de cultivo inicial que no le desmerece en complejidad. Todo esto para decir que la prudencia sugiere que a lo mejor tienen razón **Lacan**, **Fodor** y todos los que manifiestan su pesimismo respecto de las posibilidades de cambio y aprendizaje de una estructura psíquica una vez instalada.

Estructura fija, más o menos fija o plástica, dilucidar este tema exige determinar cuál es el lenguaje de la mente. En literatura psicológica este es un tema que ocupa un lugar muy importante, y existe una fuerte controversia sobre cuál es el lenguaje de la mente inconsciente (**Mandler**, 1983). ¿Habla en lenguaje? ¿En mentalés? ¿En letras? ¿En imágenes? ¿En ambas? O existe alguna lengua primaria, de formato único, de la cual se derivan los dos códigos cuya existencia posterior nadie discute; las palabras y las imágenes.

El tema es amplísimo, exige investigaciones conjuntas desde distintos enfoques psicológicos y es hora de ir cerrando nuestra tesis. En la pequeña recapitulación histórica sobre las razones posibles de la querrela entre continuidad psicogenética y creacionismo significativo mencionaba, la rectificación que efectúa **Lacan** de su primera teoría del inconsciente. Es demostrable que las reservas contra la psicogénesis se derivan muy cómodamente de su primera teoría (la del “enjambre” inicial finito y estructurado de significantes), y en cambio no se justifican tan fácilmente de la segunda. En esta última, el inconsciente ya no es un conjunto sino dos, el de los S1 y el de los S2. Con esta ampliación, el destino del *parlêtre* ya no depende sólo del conjunto de los significantes dominantes sino también de ese *lot de savoir* que recibe en su llegada a este mundo.

Como estación intermedia en el trayecto entre la primera y la segunda teoría del inconsciente halla-

mos en la obra de **Lacan** un momento en que el S1 es definido como un signo. “El trazo unario no es un significante, es un signo. Para considerarlo un significante es necesario que sea ulteriormente utilizado, o relacionado con una batería significativa. Lo que se define mediante este *einzigiger Zug* es el carácter puntual de la referencia original al otro en su dimensión narcisística (...) Debemos concebir la mirada del otro como interiorizándose mediante un signo” (**Lacan**, 1961).

Es como si **Lacan**, después de haber desarrollado a conciencia las posibilidades de la teoría del significante otorgara ahora una entrada independiente a las representaciones analógicas, un universo de elementos al que, muy precisa pero condensadamente, **Freud** había catalogado como signos de la percepción y representaciones de cosa. Aunque la cartografía de los tres registros sea intuitivamente muy fértil, sus fronteras son confusas, lo que finalmente obliga a rectificaciones teóricas como la expuesta.

Estamos hablando de la teoría general del inconsciente en función de las diversas prácticas psicoterapéuticas. ¿Difiere la noción de verdad según cada definición del inconsciente? ¿Que la verdad sea un efecto de la palabra obliga a que el inconsciente sea textual? Tal vez sea mejor que precisemos qué nos conviene entender por texto mental en función del cambio terapéutico perseguido.

Como resultado de este pequeño recorrido diré que la mejor respuesta a esta cuestión dentro de los textos lacanianos está en su hipótesis del saber como medio del goce, conjugada con la ya mencionada rectificación a la primera teoría del inconsciente como cadena significativa. Aquí tenemos la piedra fundamental de la psicogénesis a lo **Lacan**.

En su nueva teoría del inconsciente éste está compuesto por el conjunto de los S1 y el de los S2 pero sin configurar pares ordenados <S1,S2>. Sobre la base de la lectura que hace **Rabinovich** (1992) de este texto, el cambio psíquico consiste ahora en el cambio de la relación entre el S1, ubicado en el lugar de la producción y el S2, ubicado en el de la verdad. Esta relación cambia de disyunción a conjunción, operación impulsada por el saber como medio del goce.

Dicho de manera más sencilla: tenemos marcas corporales presignificantes por un lado, saberes asubjetivos por el otro, y el análisis como la empresa de favorecer felices encuentros (ahora sí organizando cadenas) para satisfacer las exigencias del saber como instrumento del goce.

Este saber está sometido a y es exigente de formalización, es decir de lógica. Esto nos propone, a pesar de la aversión antigenetista de Lacan, una ver-

sión incluso optimista de la repetición, con el goce como su causa tanto eficiente como final en el anhelo de triunfar sobre la entropía y al saber inconsciente buscando encarnarse en el trazo unario como su protoinstrumento formalizante. Para terminar con unas palabras de **Lacan**, cargadas de sugerencias “A partir de aquí comienza el trabajo, es con el saber en tanto que medio del goce que se produce un trabajo que tiene un sentido, un sentido oscuro que es el de la verdad” (**Lacan**, 1973).



### **Guillermo Mattioli**

Paseo de la Bonanova 9.1º 1ª  
08023 Barcelona  
Teléfono: 93.418.69.61

## **Notas**

1. *Un límite interno del inconsciente lacaniano (1997).*

Ponencia presentada en la Reunión Preliminar para una Convergencia Lacaniana de Psicoanálisis. Barcelona.

2. Aunque Hanna Segal haya popularizado la fórmula de que la fantasía inconsciente es la “expresión mental del instinto”, esto no autoriza a ver aquí ninguna traslación mecánica entre el instinto y su expresión mental. El término primitivo de la teoría kleiniana no es el instinto, sino la relación de objeto mediante la que la mente del bebé interpreta el estímulo sensorial.

3. Nota para psicólogos: ¿curiosa coincidencia con Fodor, verdad?

## **Bibliografía**

**Isaacs, S.**, (1967) *Naturaleza y función de la fantasía*. En *Desarrollos en Psicoanálisis*, Klein et al. Buenos Aires, Hormé.

**Hartmann, H.**, (1955). *Notes on the theory of sublimation*. *Psychoanalytical Study of the Child* 10:9-29.

**Lacan, J.**, (1961) *Le Séminaire, Livre VIII. Le Transfert*. París, Seuil.

-(1966) *Remarque sur le rapport de Daniel Lagache*, en *Écrits*, p. 656-667. París, Seuil.

-(1973) *Le Séminaire, Livre XI. Les quatre concepts fondamentaux e la psychanalyse*, p. 46. Paris, Seuil.

-(1973) *Le Séminaire, Livre XVII. L'envers*, p.57.

-(1973) *Le Séminaire, Livre XXI. Les non-dupes errent. Lección del 11.12.73*. Versión fotocopiada.

**Mandler, J. M.**, (1983) *Representation*. En Mussen., P. *Handbook of Child Psychology*, vol. III, ed. por Flavell, J.H. y Markam, E. H. cap. 7. New York, Wiley, 1983.

**Mattioli, G.**, (1992) *Paradojas en Psicoanálisis*, p. 147. Barcelona, Ed. Logos.

**Nietzsche, F.**, (1975) *Crepúsculo de los Ídolos*, p. 45. Madrid, Alianza Editorial.

**Sandler, J.**, y **Dreher U.**, (1996) *What do psychoanalysts want? The problem of aims in psychoanalytic therapy*. Londres, Routledge and the Institute of Psychoanalysis.

**Velasco, J.**, *Psicoanálisis y teoría de los sistemas complejos*. Inédito.

**Wallerstein, R.S.**, (1991) *Assessment of structural change in psychoanalytic therapy and research*. En *The concept of structure in psychoanalysis*. Ed. T. Shapiro, International University Press,

-(1990) *Psychoanalysis: the common ground*. *Int. J of Psycho-Anal*, 71:13-19.